

## TIEMPO DE CONFINAMIENTO, TIEMPO DE DISCERNIMIENTO. SILENCIO.

Toni Catalá SJ

**Lo primero y más importante es aprender vitalmente que no podemos ser tan pretenciosos de querer encontrar el significado de lo que vivimos al mismo tiempo que lo estamos viviendo.** Dios tiene derecho a callar. Dice el salmo que a Dios le duele la muerte de sus fieles (Sal 116), ¿no tendrá que ver este silencio con un Dios también dolorido por amor? En este momento creo que nos estamos tomando más en serio y con más hondura nuestro ser seguidores y seguidoras de Jesús, estamos cayendo en la cuenta de que el Evangelio es vida, que Jesús es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, que no es aparato ideológico, que la “doctrina” siempre es derivada de la sabiduría de los santos y santas de Dios.

Este silencio criba, cribar es discernir, criba nuestra fe, la depura de tanta palabra vacía, de proyectos hinchados y de pretensiones desmesuradas. Discernir, como sabemos, no es un automatismo, no es una técnica para tomar decisiones, no es un método infalible para conocer la voluntad de Dios. Discernir es estimativa, olfato, sensibilidad para percibir por dónde se encuentra el Espíritu, escuchar qué nos dice, por qué caminos transitar. El discernimiento es un don del Espíritu a la Iglesia. En el aprendizaje del discernimiento el silencio también nos dice y mucho.

**En las situaciones de dolor y de sufrimiento no queramos encontrar sentido inmediatamente a lo que se está viviendo.** No nos precipitemos a llenar el vacío con palabras huecas, con teologías cínicas. **Van pasando los días de confinamiento y tenemos que pedir fortaleza para permanecer en él, para “venir en paciencia” nos dice S. Ignacio.** Sinceramente creo que es momento de recuperar, en una cultura inmediatista del “todo aquí y ahora”, la paciencia como virtud. Paciencia es saber permanecer en el padecimiento. Esto lo escribo hace un mes y me llaman masoquista... ¿No estaremos en el momento de recuperar dimensiones de lo humano que las teníamos totalmente reprimidas y olvidadas?

En el silencio caemos en la cuenta de la palabrería y el ruido ambiental en el que vivíamos, igual que ahora caemos en la cuenta de lo contaminado y sucio que estaba el aire que respirábamos. Ahora caemos en la cuenta de lo contaminada y sucia que estaba, y sigue estando en muchos contextos, la atmósfera mediática, lo contaminada que estaba la comunicación en la familia, comunidad, trabajo. **Este silencio nos hace caer en la cuenta de que el lenguaje cotidiano, verbal y no verbal, es un ámbito de discernimiento.**

Jesús nos advirtió en el sermón de la montaña que el lenguaje es territorio de discernimiento: “no juréis... que vuestro sí, sea un sí; que vuestro no, sea un no y todo lo que pasa de ahí es asunto del malo”. Lo malo es la mentira y el crimen de este mundo que siempre lo sufren los más indefensos y vulnerables. Muchos de vosotros lo estáis palpando en vuestra misión. Jesús nos exhorta a que las palabras signifiquen, que haya sencillez en la comunicación, verdad en la noticia... Vivimos en una cultura de auténtica perversión

semántica (no hay guerras sino intervenciones, no hay niños destripados por las bombas sino daños colaterales... podríamos seguir y seguir) **¿Esto tiene que ver con la consolación? Cuando nos podemos expresar con sencillez y nos sentimos acogidos la consolación perdura, cuando viene la cautela, la prevención, el doble significado, la insinuación... nos instalamos en la tristeza y en el cinismo y entonces el Evangelio se diluye.**

En las reglas de discernimiento, San Ignacio nos advierte que perdemos la consolación porque perdemos la sencillez y la veracidad en el lenguaje y el mal espíritu nos enreda con “sutilezas, falacias y falsas razones”. La finura espiritual en el discernimiento, es caer en la cuenta de que a medida que deseamos seguir a Jesús con mayor fidelidad y responsabilidad, nos preparamos más, leemos más, nos reunimos más, nos formamos más, nos ilustramos más que la “gente sencilla” que no tiene tantas posibilidades, que no están conectadas a internet y ni podrán ni escuchar ni leer esto, que nunca saldrán en google... Pero cuanto más ilustrados más facilidad tenemos para jugar con el lenguaje.

A medida que más avanzamos en el seguimiento más facilidad tenemos para enredar el lenguaje: “parece ser...”, “propiamente...”, “depende...”, “te lo digo Juan para que entiendas Pedro”, “en insinuar está el arte...” **El silencio del sábado santo nos saca los colores por la verborrea en la que podemos caer los seguidores de aquel que es “manso y humilde de corazón”**

Este silencio se va convirtiendo en “soledad sonora y música callada”. Poco a poco vamos percibiendo que la “gracia está en el fondo de la pena”. **“Dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja” el Espíritu del Señor nos hace caer en la cuenta, de corazón, que la muerte de Jesús, que nuestra muerte, no tiene la última palabra. No quitamos nada de la dureza de muerte de Jesús y la dureza de tanto sufrimiento hoy, pero no les otorgamos la última palabra.** En este tiempo de confinamiento tenemos que seguir pidiendo el espíritu de Confianza y Fortaleza.

Estos días de confinamiento los estamos viviendo en el ámbito del resucitado que es el crucificado, no es otro, y su Espíritu se nos ha dado. Estos días de confinamiento estamos experimentando por dónde se nos cuele “la cola serpentina”, es decir, por dónde entran los enredos y las tristezas y la falta de esperanza, **por dónde se nos cuele aquello que saca lo peor de nosotros, por dónde alimentamos pensamientos, recuerdos, conversaciones, actitudes, comentarios que son un viaje a ninguna parte, y al contrario, caemos en la cuenta de aquello que nos mantiene fortalecidos, pacientes, esperanzados.**

No es fácil lo que estamos viviendo, pero ningún curso sobre discernimiento que hagamos en el futuro tendrá la hondura de hacernos más mujeres y hombres de discernimiento que lo que estamos viviendo ahora. Pidamos venir en paciencia, escuchar el silencio, sencillez y veracidad en el lenguaje, sabiduría para conocer en lo cotidiano qué caminos son de enredo y de muerte y qué caminos son de Vida.

**VIVIR EL MOMENTO PRESENTE.**  
**CARDENAL FCO. XAVIER NGUYEN VAN THUAN**

¡A lo largo de los caminos de la existencia diaria es donde podréis encontrar al Señor!... Esta es la dimensión fundamental del encuentro; no se trata de hacer alguna cosa, sino encontrarse con Alguien, con el Viviente. (Juan Pablo II, Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, 1997, n. 1). Me llamo Francisco Xavier Nguyen Van Thuan y soy vietnamita. En Tanzania y en Nigeria los jóvenes me llaman «Uncle Francis»; es más fácil llamarme «Tío Francisco» o, simplemente, Francisco. Hasta el 23 de abril de 1975 fui, por ocho años, obispo de Nhatrang, en el centro de Vietnam, la primera diócesis que me fue confiada, donde me sentía feliz, y para la cual conservo siempre mi predilección. El 23 de abril de 1975 Pablo VI me promovió a arzobispo coadjutor de Saigón. Cuando los comunistas llegaron a Saigón, me dijeron que mi nombramiento era fruto de un complot entre el Vaticano y los imperialistas para organizar la lucha contra el régimen comunista. Tres meses después fui llamado al palacio presidencial para ser arrestado: era el día de la Asunción de la Santísima Virgen, 15 de agosto de 1975. Esa noche, en el trayecto de una carretera de 450 km, que me llevó al lugar de mi residencia obligatoria, me venían a la mente muchos pensamientos confusos: tristeza, abandono, cansancio, después de tres meses de tensiones... Pero en mi mente surgió claramente una palabra que dispersó toda la oscuridad, la palabra que monseñor John Walsh, obispo misionero en China, pronunció cuando fue liberado después de doce años de cautiverio: «He pasado la mitad de mi vida esperando». Es verdaderísimo: todos los prisioneros, incluido yo mismo, esperan cada minuto su liberación. Pero después decidí: «Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor». No es una inspiración improvisada, sino una convicción que he madurado durante toda la vida. Si paso mi tiempo esperando, quizá las cosas que espero nunca llegarán. La única cosa que con seguridad me llegará será la muerte. En el pueblo de Cáy Vóng, donde se designó mi residencia obligatoria, bajo vigilancia abierta y oculta de la policía «confundida» entre el pueblo, día y noche me sentía obsesionado por el pensamiento: «¡Pueblo mío! ¡Pueblo mío que tanto amo: rebaño sin pastor! ¿Cómo puedo entrar en contacto con mi pueblo, en este momento en que tienen más necesidad de pastor?». Las librerías católicas fueron confiscadas, las escuelas cerradas; las religiosas y los religiosos que enseñaban fueron enviados a trabajar en los arrozales. La separación es un shock que me destruye el corazón. «Yo no esperaré. Voy a vivir el momento presente, colmándolo de amor; pero ¿cómo?». Una noche vino la luz: «Francisco, es muy simple, haz como san Pablo cuando estuvo en prisión: escribía cartas a varias comunidades». La mañana siguiente, en octubre de 1975, hice una señal a un niño de siete años, Quang, que regresaba de la Misa a las 5, todavía oscuro: «Dile a tu mamá que me compre bloques viejos de calendarios». Muy entrada la tarde, también en la oscuridad, Quang me trajo los calendarios, y todas las noches de octubre y noviembre de 1975 escribí a mi pueblo mi mensaje desde la cautividad. Cada mañana el niño venía a recoger las hojas para llevarlas a casa y hacer que sus hermanos y hermanas copiaran el mensaje.

Así se escribió el libro *El camino de la esperanza*, que ha sido publicado en ocho idiomas: vietnamita, inglés, francés, italiano, alemán, español, coreano y chino. La gracia de Dios me dio la energía para trabajar y continuar, aun en los momentos de más desesperanza. El libro lo escribí de noche en mes y medio, tenía miedo de no poder terminarlo: temía ser transferido a otro lugar. Cuando llegué al número 1001 decidí detenerme: fueron como «las mil y una noches» ... Los Apóstoles habrían querido elegir el camino fácil: «Señor, deja ir a la multitud para que se aprovisione de alimento...». Pero Jesús quiere actuar en el momento presente: «Denles ustedes de comer» (Lc 9, 13). En la Cruz, cuando el ladrón le dijo: «`Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino'. Jesús le dijo: 'te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso'» (Lc 23, 42-43). En la palabra «hoy» sentimos todo el perdón, todo el amor de Jesús. El padre Maximiliano Kolbe vivía este radicalismo cuando repetía a sus novicios: «Todo, absolutamente, sin condición». Escuché a Dom Helder Cámara decir: «La vida es para aprender a amar». Una vez la Madre Teresa de Calcuta me escribió: «Lo importante no es el número de acciones que hacemos, sino la intensidad del amor que ponemos en cada acción». ¿Cómo llegar a esta intensidad de amor en el momento presente? Pienso que debo vivir cada día, cada minuto, como el último de mi vida. Dejar todo lo que es accesorio, concentrarme sólo en lo esencial. Cada palabra, cada gesto, cada telefonema, cada decisión es la cosa más bella de mi vida, reservo para todos mi amor, mi sonrisa; tengo miedo de perder un segundo viviendo sin sentido... Escribí en el libro *El camino de la esperanza*: «Para ti el momento más bello es el momento presente (cfr. Mt 6, 34; St 4, 13-15). Vívelo en la plenitud del amor de Dios. Tu vida será maravillosamente bella si es como un cristal formado por millones de esos momentos. ¿Ves cómo es fácil?» (*El camino de la esperanza*, 997).

## MIRADAS QUE CUIDAN. Alicia Suso, educadora social de Cáritas

Poco nuevo que decir. A estas alturas de la crisis casi todo se ha dicho, se ha pensado, se ha comentado, se ha escrito, se ha grabado en vídeo o se ha colgado en redes sociales... Todas nos hemos convertido en analistas de una crisis que evidencia otras crisis (quizás menos analizadas que ésta) Y en medio de todo ese ruido quizás nos hemos olvidado de mirar. Mirar qué pasa en la calle cuando nos asomamos a las ventanas (o a los balcones que nos convierten en confinadas privilegiadas). Mirar qué pasa en otras ventanas. Mirar qué sucede en las caras y en las expresiones de nuestras vecinas y vecinos en cada interacción con las de enfrente. Mirar a la gente que sale, que está en la calle. MIRAR con mayúsculas, con una mirada amplia, que no oprime, que detecta pobreza sutiles, que reconforta, que cuida, al fin y al cabo. Si miramos bien, veremos que la vida ha cambiado de escenario. Se ha reducido a uno único: las casas. Y las casas, desgraciadamente, no siempre son hogares, no siempre nos acogen, no siempre constituyen ese espacio seguro, cálido, amable... El cambio de escenario no trae consigo necesariamente que la obra de teatro sea diferente. A veces es la misma, pero se complica porque el nuevo atrezzo nos dificulta la vida, nos incomoda, o nos expulsa. Hay asimetría en el confinamiento. Hay problemas que se agudizan en casa. Hay personas en nuestros pueblos y ciudades que viven hacinadas. Hay familias numerosas que viven en una habitación. Hay casas que no tienen unas condiciones mínimas para cocinar, ducharse, descansar o hacer deporte, y mucho menos para hacer una videollamada con la gente querida. Hay personas con enfermedades mentales que sufren de manera especial el confinamiento. Hay miedos que ni nos imaginamos. Hay inseguridades, ansiedades y temores que quizás también hayamos experimentado, y no siempre hay recursos para mantenerlos a raya Por eso es importante mirar, y ensanchar la mirada, llevarla más allá de las pantallas de nuestros móviles y ordenadores, mirar con cuidado, y con ternura. Y si miramos con los ojos de Dios, sufriremos con el que sufre, haremos las vidas de otras un poco nuestras, no juzgaremos injustamente que alguien salga a la calle, nos incomodaremos, saldremos de nosotras por un momento... y, sobre todo, estaremos construyendo, también durante el confinamiento, un mundo un poco mejor. Lo vamos a necesitar, todas, todos.